

Ariel Dorfman

Inocencia y neocolonialismo: un caso de dominio ideológico en la literatura infantil

Para Rodrigo (4 años)

«No hace tanto tiempo, la tierra tenía dos mil millones de habitantes, o sea quinientos millones de hombres y mil quinientos millones de indígenas. Los primeros disponían del Verbo, los otros lo tomaban prestado. Entre unos y otros, algunos reyezuelos vendidos, algunos señores feudales, una falsa burguesía compuesta de pies a cabeza, servían de intermediarios. En las colonias, la verdad se mostraba al desnudo: las "metrópolis" la preferían vestida; necesitaban que el indígena los amase. Como madres, hasta cierto punto. La minoría selecta europea se dedicó a fabricar un indigenado selecto; se elegía a los adolescentes, se les marcaba en la frente, con el hierro candente, los principios de la cultura occidental, se les metía en la boca mordazas sonoras, grandes palabras pastosas que se pegaban a los dientes; después de una breve permanencia en la Metrópoli, se les devolvía a su país, falsificados. Esas mentiras vivientes no tenían nada que decir a sus hermanos; resonaban; de París, de Londres, de Amsterdam, lanzábamos las palabras ¡Partenón! ¡Fraternidad!, y en algún lugar de África, de Asia, los labios se abrían: ". . . tenón . . . nidad!". Era la edad de oro».

Jean-Paul Sartre, Prólogo a *Los condenados de la tierra*, de Franz Fanon.¹

Ese niño que usted tiene a su lado —cerca en todo caso, siempre hay un niño cerca—es, en potencia, el revolucionario del mañana. O quizá llegue a ser el más resuelto de los defensores del orden establecido. El proceso de socialización de ese pequeño ser humano constituye uno de los puntos neurálgicos de toda sociedad: ahí deben generarse las actitudes, condicionarse los supuestos prerracionales, que permitan que ese niño crezca integrándose, cómodo, funcionante, «tuerca» entusiasta, en el *statu quo*.

En la sociedad capitalista (desarrollada o subdesarrollada) la función de la literatura infantil de consumo masivo es coadyuvar a que el niño preinterprete las contradicciones de la realidad (p. ej., autoritarismo, pobreza, desigualdad, etc.), a medida que las vaya encontrando, como *naturales*, como hechos perfectamente claros, comprensibles y hasta inevitables. El niño debe tener a su alcance, de antemano, las respuestas ideológicas que sus padres han internalizado, las formas de pensar, de sentir, de vivir que superan y unifican en la mente las tensiones que el crecimiento hará cada día más evidentes. En esa literatura, el mecanismo de sustitución, compensación y deformación utilizado al justificar o racionalizar ocultamente, al definir con falsedad un problema para resolverlo triunfalmente, reafirmando en todo momento un sistema total, invariable, de preferencias psicológicas y morales desde el cual todo se ordenará, viene a reforzar el proceso pedagógico que la clase dominante—y la familia, que es su agente—quiere imponer al niño para que cumpla una determinada función ahora y, especialmente, cuando sea adulto. Este proceso puede rastrearse en todas las producciones de las sociedades capitalistas: libros, revistas, abecedarios,

¹ En *Colonialismo y neocolonialismo*, Buenos Aires, Losada, 1965, pág. 123.

juguetes, camas y cunas, colores preferidos, programas de TV, vestimenta, elementos decorativos, etc. El centro privilegiado de esa educación es el hijo de la burguesía que está recibiendo, además, los beneficios del sistema mismo, pero los hijos del proletariado también son bombardeados con estas imágenes para que las consoliden interiormente, aunque su condición misma de explotados tienda constantemente a hacer notoria la falsedad del esquema que se establece como norma. Si en este ensayo sólo se va a examinar un sector reducido dentro de esta vasta zona de dominio ideológico es con la intención de que quede simultáneamente evidenciada la necesidad de analizar las demás regiones, y con la certeza de que, en efecto, las estructuras-modelos que se descubrirán podrán hallarse duplicadas, con variaciones significativas, adaptadas al *medium* particular en que se inserta el avasallamiento en el resto de los sectores.

Quisiera además, que el presente análisis contribuyera a reconocer más exactamente algunas de las técnicas y procedimientos utilizados en la literatura infantil para conseguir que el niño se someta y acepte los valores burgueses vigentes. Al mismo tiempo desearía advertir acerca del peligro que entrañaría la perturbación de esas formas en cualquier sociedad que está transformando sus estructuras económicas y sociales. Si bien una nueva cultura no podría surgir sino cuando los cambios en la propiedad de los medios de producción haga más manifiesta la distancia entre la ideología burguesa y la realidad que dice comprender, no es menos cierto que la vigilancia de las formas lingüísticas oficiales vigentes puede acelerar el proceso de desmistificación.

Por último, tal vez se pueda contribuir a una teoría de la ideología y de la ambigua relación de esta con la realidad, porque la manera como el capitalismo coloniza a sus jóvenes, los modos específicos de ocultamiento, reducción, mistificación, inversión, mentira parcial o total —que *tienen* que referirse a los eslabones más débiles y problemáticos de la sociedad— son síntomas también de los temores y aspiraciones de los dominadores con respecto a *esos problemas concretos*, y sirven para comprender —a partir del proceso de interpretación ideológica, de la falsificación, de la historia ideal que pretende sustituir la realidad— la historia verdadera. La máscara que el hombre elige para enfrentar sus dilemas, sonreír frente a la presencia turbadora e interrogativa de los otros, aparentar una conciencia unitaria y coherente que le permita sobrevivir mentalmente con las contradicciones —que de otro modo llevarían a los abismos de la locura, de la revolución o a la simple admisión de una irrevocable inmoralidad que sigue intereses mezquinos sin ninguna justificación ética o elevada (imposible, imposible)—, esa máscara que el sistema genera automáticamente para poder funcionar,² no es, en absoluto, ajena a la cara (¿existe?) que ella oculta.

Vamos a analizar los libros que narran la historia del elefante Babar, que en los últimos tiempos han iniciado su penetración en nuestro medio, después de haber logrado un éxito sin precedentes en los últimos treinta años en Francia (y también en otros lugares del mundo occidental).³ La razón de haber seleccionado a este personaje y no a otro más popular es que en Babar se expresan, paradigmáticamente, una serie de características ejemplares que difícilmente podrían hallarse reunidas con tanta claridad en otra creación de la literatura infantil: es un modelo casi prototípico.

² Véase, entre otros textos, L. Althusser, *La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI, 1967; L. Sebag, *Marxismo y estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1969, y los estudios de A. Mattelart publicados por el CEREN.

³ Babar surge en 1939 y alcanza su mayor difusión después de la Segunda Guerra Mundial. Coincide así con la tesis neocolonialista frente a las colonias africanas que se están independizando. Sin ser simplistas, podemos observar que los niños que leyeron Babar en Francia fueron los mismos que combatieron en Argelia; que aquellos que leyeron Babar en Inglaterra apoyan la política de laboristas y conservadores frente a Sudáfrica y Rhodesia; en cuanto a los norteamericanos, sabemos muy bien dónde han estado y dónde están y estarán. Al traducirse al español en 1965 y ser importado por los países hispanoamericanos, se aviene al proceso de dominio ideológico de los hijos de la burguesía dependiente, que pasan a interpretar sus propios países con los esquemas y concepciones del imperialismo. Esto coincide, por lo demás, con la política reformista de la «Alianza para el Progreso».

De todas maneras, cuando venga al caso, se establecerán paralelos con procedimientos similares utilizados en otras formas vigentes, en especial con el mundo de Walt Disney.

Básicamente, la historia de Babar es la de un paquidermo cualquiera que, debido a su educación y vínculo peculiares con el mundo de los hombres, se convirtió en el rey de los elefantes, salvando y transformando su país. Después, al tener familia, el autor y el lector atenderán con preferencia a los hijitos de Babar. Babar nace como un elefante común y corriente: crece y juega en una realidad idílica, entre los otros animalitos. Sin embargo, esta centración adánica se va a alterar, pues un «cazador malo» mata a su mamá y lo fuerza a escapar del bosque y dirigirse a la deslumbrante ciudad. Así, el primer contacto con la civilización resulta negativo: se interviene para matar y destruir. Pero la ciudad paga a Babar lo que le quitó. La figura femenina de la «anciana señora» sustituye a la madre; adopta al elefante. Lo primero que desea Babar es «vestirse bien»: ella le entrega todo el dinero necesario. En los primeros dibujos anda en cuatro patas: apenas pierde su desnudez y ve su imagen con ropas en un espejo, Babar toma conciencia de su piel y de esa segunda piel que es la vestimenta, comienza a mimetizarse con los hombres, a utilizar sus ademanes bípedos. Se alza sobre sus dos patas. Sobreviene en seguida un proceso educativo: Babar va a transformarse -- sin perder su apariencia de animal—en un ser humano: usa servilleta, duerme, hace gimnasia, se baña en tina y con esponja, maneja su propio auto, viste a la moda. «Ella le da todo lo que él quiere». Con un sabio profesor aprende a escribir, sumar, etc. Puede vislumbrarse también un mapamundi donde Africa y América se destacan nítidamente.

Babar «progres», reemplaza los instintos, la ignorancia, por los conocimientos y las pautas del mundo que lo cobija, y aprende a comportarse frente a la realidad de acuerdo con las normas. Evidentemente, en un primer plano superficial, se estaría instando a los pequeños lectores a que se condujeran de una manera similar (que sean obedientes, inteligentes, que se conduzcan con buenos modales, etc.). Como el niño, Babar parte sin elementos sociales; es salvaje, ignorante, anda en cuatro patas, etc. La correspondencia entre estos dos inocentes, el infante y el animal, conforman— como veremos más detalladamente después—la base del dominio ideológico, el mecanismo y puente que permitirá deformar la realidad. Pero interesa, por ahora, notar que Babar no es solo un niño: tiene además un país propio, que sigue siendo primitivo, tribal, desnudo; un país que no ha evolucionado junto con él. Desde esa realidad—en rigor, desde los sectores aún intactos de su personalidad y que no podrán jamás ser borrados, desde su animalidad siempre emergente—vienen emisarios a buscarlo («dos pequeños elefantes totalmente *desnudos*», [las bastardillas son mías]).

Este primer contacto entre Babar ya civilizado, casi adulto, diríase, y los otros elefantes que son como un reflejo de lo que él fue alguna vez, define el futuro del país de los elefantes: sus primos son inmediatamente incorporados al mundo de la anciana señora. Se los viste y luego—como premio por haber dado, dificultosamente, el primer paso—se los lleva a comer pasteles (el dulce que domestica, que calma las lágrimas que hace aceptables las mentiras; la miel que facilita el pasaje fluido hacia la adaptación, el dulce-niño, el dulce-adulto). Una vez que ha mostrado que su educación es superior y que la puede transmitir, una vez que cuenta con aliados, con una compañera (Se casa con Celeste, su prima), puede entonces regresar a la selva.

«Pero nunca olvidará a la anciana señora».

Parten en auto, vestidos, con maletas, con bocinas y algarabía. Detrás, en cuatro patas, van corriendo las madres de los primos que habían venido a buscarlos. Es la primera consecuencia visible de la falta de civilización: quienes no acepten esos modelos serán excluidos de los placeres (de andar en auto); serán fracasados.

Mientras tanto, al morir accidentalmente el rey de los elefantes, la llegada de Babar se torna providencial. «Los elefantes más ancianos» se reúnen para elegir nuevo rey, «preocupadísimos», es

«un aciago día», «qué desgracia». Se aguarda la llegada de un mesías, de un salvador, que resuelva el problema. En efecto, el rey de los elefantes se diferenciaba de los demás solo por la corona que llevaba; pero al comerse una «seta venenosa» demostró ser tonto e ineficaz, realizar actos que los niños lectores se habrían cuidado muy bien de hacer. Si el rey (el mejor) de los elefantes se comporta de un modo tan infantil y peligroso, ¿qué se podrá esperar del resto de ellos? El nuevo gobernante deberá venir de afuera: no será un nativo, sino alguien educado en el país de los hombres, un ser civilizado. Mientras ellos deliberan desesperados, Babar sale del país de los hombres (casas, una plaza, aviones, una iglesia, autos, a lo lejos campos, sembrados ordenadamente, monumentos) con todos los signos preclaros de su vinculación con este mundo. «¡Qué vestidos más bonitos lleváis! ¡Qué coche más precioso!». Frente a la gran masa indiferenciada y gris que los recibe, ellos aparecen con personalidad definida: los destacan el color, el movimiento, la técnica, y se convierten en un signo exterior bien visible de su superioridad, su asimilación a los valores, objetos y concepciones del fascinante y desconocido universo de los hombres. A Babar se le asigna la investidura del predominio en un mundo bárbaro donde todos son indefensos e ingenuos. Su cercanía al mundo occidental (al mundo de los adultos), al centro prestigioso, será ahora y en cada episodio futuro, el fundamento de su mando, la fuente de su *regir*. El viejo Cornelio así lo entiende («vuelve de la ciudad, donde ha aprendido muchas cosas al alternar con los hombres») y sugiere que coronen a Babar. «Sin vacilación», los elefantes aceptan. «Cornelio ha hablado *como un libro*», es decir, como un objeto cultural autoritario, cargado de sabiduría, como el libro que los elefantes no tienen, pero los hombres sí. Cornelio habla dos idiomas, hace de mediador entre mundos alternativos.

El premio no se hace esperar. «Tienes unas ideas estupendas —le dice Babar (aunque la única que ha tenido es la de que este sea proclamado rey)—, así, pues, te nombro general y cuando tenga corona te regalaré mi gorro». Quien le ayudó a recibir el poder es recompensado con rango y con el símbolo de la civilización: se acerca al poder y sus características diferenciadoras. Babar imita a los hombres, Cornelio imita a Babar; posteriormente, todos imitarán a Cornelio, y el país entero se «civilizará». Por ende, lo primero que hace Babar («envía al dromedario a la ciudad para que le compre unos preciosos trajes de ceremonia») es reafirmar su dominio, al comunicarse otra vez con la metrópoli para acentuar exteriormente su status. En la celebración que sigue, los animales invitados (todos: ratón, lagartija, hipopótamo, leopardo, león, rinoceronte, jirafa y, naturalmente, los elefantes) por primera vez se ponen en dos patas y bailan. Aunque todavía están desnudos, ya se tras-figuran, ya comienzan a elevarse, a *subir* de condición. Irán perdiendo su carácter de animales, se humanizarán.

Pero no se trata solamente de una teoría pedagógica —la integración de los niños (los elefantes) a un mundo adulto benevolente (el país de los hombres)—, sino que aquí hay una *teoría de la historia*, el aprendizaje de un sistema interpretativo que permite «iluminar» los orígenes del mundo contemporáneo. Se están relacionando dos países, dos dimensiones antagónicas, ciudad y selva, y uno de los polos terminará por absorber y subordinar al otro. El niño se encontrará, a medida que crezca, con la realidad palpable de que hay países desarrollados y países subdesarrollados, situación que se debe al imperialismo y al lugar que ocupan estos últimos dentro del sistema capitalista internacional. Se encontrará, también, con una explicación racional, que justifica y encubre este fenómeno, y una serie de respuestas teóricas y prácticas que se proponen como solución, para que esos lugares «atrasados» progresen. El primer contacto del niño con la historia se verificará por intermedio de libros como estos de Baba; que—como veremos—anticipan, en otro nivel, con diferentes medios, exactamente la misma política que se le propondrá cuando sea más grande.

Se narra entonces la historia de la incorporación de los continentes no occidentales (América, Asia, pero en especial, Africa) al mundo contemporáneo. Pero la historia ha sido desrealizada, ha sido disfrazada. En vez de Europa, hay una ciudad; en vez de Africa, una selva; en vez de un negro o un

indio, un elefante; en vez de la iglesia o un imperio monopolista, una anciana señora; en vez de una burguesía dependiente, Babar. El país de los elefantes *vale* por Africa sin encarnarla abiertamente, sin llevar el *nombre* que hubiera forzado a una identificación demasiado real y dolorosa. Se escamotea el vínculo lingüístico, la palabra Africa, que al estar llena de contradicciones, denuncias, concreciones, inmediateces, al exigir un sospechoso examen paralelo con la realidad efectiva, pasada y contemporánea, invalidaría la creación de una historia ideal que pudiera reemplazar después la que efectivamente ocurrió.⁴ La historia que el niño recibe como verdadera valdrá por la otra, y le enseñará a mirarla y a ponerla en perspectiva. Lo consigue porque no pretende enseñar absolutamente nada, porque se presenta a sí misma como ingenua, ficticia, alejada de los problemas cotidianos, sin compromisos, neutra, más allá.

Pero esta historia, no es otra que la realización del sueño de la burguesía con respecto a sus países dominados. Desde el siglo XVI en adelante el capitalismo va a justificar literariamente su intervención en otras realidades, con la esperanza utópica de poder construir ahí un espacio mítico perfecto, en el que no entrarán las contradicciones que aquejaban en ese momento a Europa (que vivía la transición del feudalismo al capitalismo). El mito del buen salvaje, el anhelo de una naturaleza (mayordoma de Dios) benefactora y providencial, la necesidad de una Edad de Oro en que la crisis se resolviera racional y armoniosamente, constituían un modo de secularizar el mito religioso medieval del Edén y del Cielo, las dos dimensiones paradisíacas entre las cuales se desarrollaba la historia finita de los hombres. El ideal educativo para las poblaciones autóctonas nativas: unir en ellas la luz de su razón (*logos*) natural y la luz del progreso civilizado (la humanidad renaciente después de una Edad Media supuestamente bárbara). Se iba a recrear una nación en que naturaleza y civilización pudieran convivir, donde el avance técnico no corrompiera sino que trajera bienestar; un lugar que reuniera las cualidades feudales y las cualidades burguesas y las sintetizara sin antagonismos. El resultado, como se sabe, fue desastroso. Sin embargo, Babar, cuatro siglos más tarde, logrará lo que los conquistadores no pudieron hacer: inyectar el progreso en esa selva sin alterar el equilibrio natural. Se va a narrar la relación entre esos dos mundos haciendo caso omiso del saqueo, racismo, subdesarrollo y miseria, se va a relatar el ensueño de la burguesía, lo que la burguesía hubiese deseado que fuese el mundo no europeo. Es la fantasía sustitutiva con que el autor *corrige* (a medida que Babar *rige*) los vicios, escollos, imperfecciones del verdadero desarrollo histórico, una radiografía de las aspiraciones de la civilización europea, y que nunca se perdieron del todo: la posibilidad de encontrar alguna isla, alguna orilla del universo, que no estuviera todavía contaminada, en la que se pudieran reconstruir todos los aspectos positivos del «progreso», escamoteando sus dilemas. Esta seudohistoria paralela que supera las desesperanzas cotidianas, volviendo con nostalgia a un proyecto heroico e imperturbable, sigue alentando en el siglo XIX, cuando se coloniza Africa, y se utiliza en el siglo XX para intervenir en Asia y en otros lugares: es necesario salvar esos países para la civilización, y se lo puede hacer, además, sin interferir en su ser autóctono. En el país de los elefantes se resuelven las grandes contradicciones de la historia del desarrollo del capitalismo: queda justificada la forma en que Europa se acercó a los indígenas. Quedará purificada también la política actual, la que hoy se propone como solución.

Pero aquí hay más que una proyección ideal, una construcción mentirosa. Aunque solo después será pertinente examinar con detalle de qué manera el desarrollo que sufre el país de los elefantes refuerza y comprueba la teoría neocolonialista vigente, es importante entender que en los libros de Babar no se *ignora*, no se *elimina* la historia. Se la dulcifica, se la cambia de signo, se la reduce, se

⁴ «El mito, entonces, no otorga significado a un objeto que antes del mito carecía de él; por el contrario, parte de los signos que componen la realidad social y les sobreañade una segunda significación (. . .) Esta segunda significación "sobreañadida" se presenta en el mito como la única y hace desaparecer la primera, o si se prefiere, la oculta». (E. Verón, *Conducta, estructura y comunicación*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1968, pág. 234.)

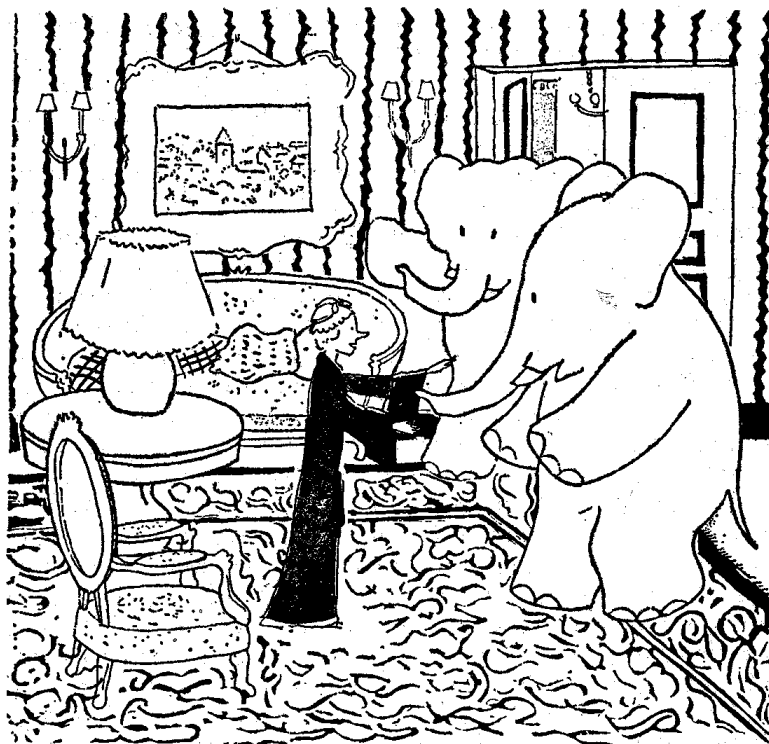
la invierte, pero *la historia real está ahí*, puede ser descubierta y rastreada. El autor ha abstraído de la historia de Africa aquellas características innegables que, despojadas de su concreción inmediata y de su enlace problematizador, servirán para establecer un sistema subconsciente de equivalencias. Cada etapa en la vida de Babar corresponde formalmente—o corresponderá, a medida que el niño las vaya ubicando y re-conociendo—a una etapa real, fertilizada en la historia verdadera. Se han seleccionado y aislado esos aspectos para que funcionen en otro contexto, para que, perdiendo su categoría de delación, litigio, denuncia, queden enmurallados dentro de los marcos omnicomprendidos de la ideología dominante. Y si así no fuera, esta literatura no sería peligrosa, ya que el niño estaría encerrado en un sueño, en una imaginación sin puntos de contacto con la realidad, en la cabeza anacrónica de Tomás Moro o del Padre Las Casas. Si la verdad no estuviera en el elefante Babar, escondida, bastardeada, deforme; si no estuviera como oculto correlato paralelo, sería imposible que al niño se le fueran revelando las equivalencias. El proceso ficticio que tiene en su mente no podría asemejarse con el proceso real que a gritos pedirá ser interpretado y entendido. La posibilidad de una comparación subconsciente futura, de una sumisión de las contradicciones de la dialéctica en un esquema emocional obsesivamente reiterado, sólo puede operar si se mantienen las mismas etapas estructurales pero varía la apariencia bajo la cual se introducen y se modifican sustancialmente las consecuencias que tuvo su intervención. El sistema falso representa la realidad total porque incluye, encubiertos, los problemas que ese mundo seguirá presentando al niño a medida que crezca.⁵

Trataremos de ir probando esta tesis mientras hacemos el análisis y obtenemos una visión más completa de los efectos que ha tenido la civilización en el país de los elefantes. De todas maneras es necesario examinar aquí un ejemplo concreto.

En las relaciones de Europa con los otros continentes hay elementos que no pueden negarse: el saqueo, la violencia, la esclavitud. Si estos se eliminaran de Babar, el resultado sería una mentira, y la lectura de Babar no serviría para interpretar ideológicamente nada. Los niños expresarían: «Ustedes nos dijeron que no hubo violencia en la conquista de Africa. Eso es un engaño; ahora sabemos que hubo mucha destrucción. Si ustedes mintieron en esto, seguramente falsifican otras cosas también».

⁵ «La escritura, siendo la forma espectacularmente comprometida de la palabra, contiene a la vez, por una preciosa ambigüedad, el ser y el parecer del poder, lo que es y lo que quisiera que se crea de él». (R. Barthes, *El grado cero de la escritura*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1967, pág. 26).

Por eso la violencia también ha sido incluida en Babar. Nadie ha tratado de negarla. El cazador malo representa justamente esas fuerzas «malas» que intervinieron en el pasado. Después cuando Babar y Celeste naufragan, son recogidos por un capitán que los «regala» (nótese, no son vendidos) a un dueño de circo. Sufren la esclavitud, son enjaulados, pierden su *libertad*. La civilización europea contiene así evidentes aspectos negativos. Pero cada vez que aparecen los representantes de la urbe haciendo un mal a los elefantes, se alza majestuosa la contrafigura, bondadosa, caritativa, del elemento positivo del mundo occidental y cristiano. La anciana señora borta aquellas características, todos los



caminos conducen a su tutela, y aún más: es la labor explotadora y cruel de los otros lo que insta a los elefantes a depender de ella. Frente a la amenaza de exterminio y de servidumbre de un sector del mundo europeo, hay un ideal educativo, misionero, «progresista», que quiere encerrar a Babar y a su «rebaño» en la gran familia occidental. No hay que matar a los nativos, ni encadenarlos: es preciso *europizarlos*. Es notorio, además, que cada vez que Europa se muestra negativamente, *los animales no están vestidos*, sea porque su estado es primitivo, sea porque naufragaron. «Como durante la tempestad perdieron las coronas, nadie ha creído que sean el rey y la reina de los elefantes, y el capitán los ha hecho encerrar en la cuadra». Basta progresar para que nunca más se repitan esas intervenciones, basta igualarse con Europa, llevar los signos epifánicos de inclusión en el mundo civilizado, para que desaparezca el verdugo y, por eso mismo, la víctima: hay que asimilarse. Y aun más los momentos violentos se establecen como eslabones de una cadena, son nexos indispensables entre la desnudez y la vestimenta, entre el atraso y el desarrollo, entre la selva y la anciana señora. No se han ignorado las etapas de conquista y esclavitud; pero el modo de su incorporación permite cambiar su sentido, invertir la verdad. Mientras se pueda suspender el hecho, se hará; pero cuando la pujanza de los sectores explotados e ignorados hace imposible el simple olvido de aquello que contradice la versión oficial de los hechos, la ideología parcela este fenómeno y lo reabsorbe dentro del sistema general, que sigue invariable. Ciertamente, no podemos mentir: violencia hubo. Pero vean cuán felices están los elefantes ahora.

El procedimiento de admitir los rasgos negativos, expulsándolos hacia un pasado remoto, se utiliza constantemente en la literatura infantil. Frente a esos seres siempre aparecerán los auténticos héroes, que borrarán la depravación de ayer y consagrarán el esplendor del mañana.

Veamos algunos ejemplos extraídos de Disney.

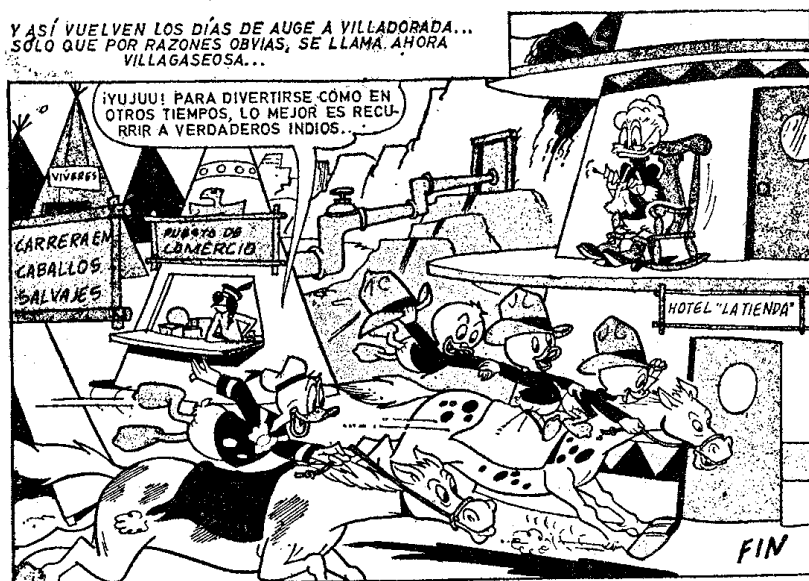
Pato Donald, los sobrinos y la abuela Pato han partido (debido a su aburrimiento, situación típica) en busca de aventuras al lejano Oeste. «Espectacular el escenario, ¿no, chicos?. Como de televisión, solo que en tres dimensiones». Pero son atacados por indios, que *no juegan*, sino que odian a todos los patos. Hace 50 años Cato Pato los engañó dos veces, primero robándoles sus tierras y después vendiéndoselas cuando no valían nada. Hay que convencer a los indios, por lo tanto, de que no

todos los patos (los blancos) son malos y de que la rapiña del pasado puede ser reparada. Superar la explotación anterior y el fraude es anular la desconfianza: todo ha cambiado, las razas pueden entenderse, hay un sitio para los marginados en el orden y la civilización actuales, es necesario olvidar las viejas diferencias. Pero he aquí que aparecen dos estafadores que quieren comprar en «mil centavos» las tierras. Sin embargo, los patos salvan la situación: «¡Esa es una estafa!: ellos saben lo valioso que es el gas natural que se está filtrando en la mina». El resultado es que los indios declaran la paz a los patos. ¿Y cómo se integran los nativos al mundo, una vez apagados los recelos? Por dos vías:

a. «Una gran compañía de gas hará todos los trabajos y pagará bien a la tribu». Frente a los estafadores del presente y del pasado, está la compañía (grande) que resolverá los problemas con *justicia*. El que viene de afuera (¿Tío Rico?) no es necesariamente malo, la maldad existe ahí donde no se paga el precio exacto (precio que se impone ¿de acuerdo con qué condiciones y qué mercado?) .

b. *El turismo*. Esta solución, que veremos repetida en Babar, significa que los indios venden su ser «autóctono» y que los aventureros gozan de reposo y vacaciones. (Con lo cual se realiza el ideal estático de todos ellos: el movimiento insensato que domina la aventura logra su resolución. Además, pueden descansar sin haber trabajado, pero mereciéndolo por los infortunios que han padecido: el ocio sin el sudor previo, el ocio desconcretizado.)

Otro ejemplo: los patos buscan un tesoro en Azteclano.⁶ En el pasado, los conquistadores malos quisieron arrebatarles el oro a los pobres indios (que se ven con figura de patos). Y ahora los «chicos malos» quieren repetir exactamente el mismo procedimiento. Además de destacar así que la historia es esencial repetición de una idéntica contingencia en que los malos quieren quitar a los buenos sus bienes (con lo cual se afianza todo el sistema capitalista, sin hacer preguntas por el origen del dinero), se permite que los descendientes de los indios superen el pasado, salgan de una actitud anacrónica



⁶ No es este el lugar para referirse a las mistificaciones geográficas que se dan en las historietas infantiles. Sin embargo, no puedo evitar la tentación de examinar con mayor detenimiento esta referencia a Azteclano. Por una parte, ese lugar es abstracto, alejado, inexistente, fabuloso. Por tanto, ahí podrá desarrollarse cualquier aventura y no habrá más orden que el que impongan los personajes. Pero, por otra parte se sabe perfectamente que ese país es México y no otro. Se tiende a juzgar a ese país real (México) con las categorías exóticas, salvajes exteriores, del país ficticio que lo representa. La caricatura sustituye a la cara misma. La pobreza y atraso de estos países no tienen causas: es una mera excentricidad superficial. Esto implica que para solucionar sus problemas bastaría con tecnificarlos (el subdesarrollo es una falta de modernidad) . También se logra así que los habitantes de estos mismos lugares, o de lugares similares, se autoconozcan en los términos de la ideología dominante. Las características singulares de cada país marginal (modo de crear sensaciones nuevas) diferencian entre sí s naciones que ocupan una misma posición dependiente y que quedan interjuzgándose mutuamente con los modelos que los dominadores les prestan, riéndose de sí mismos cuando creen que se ríen de otros.

y se integren al mundo contemporáneo y técnico. Los patos salvan una oveja de un pastor. «No sé cómo pagar esta buena acción». Pero el pastor será el guardián del tesoro: «Yo guardaba la tradición de ocultar el botín a los asaltantes». Donald responde: «¡Esto es absurdo! Los conquistadores ya no existen». No hay por qué aislar la riqueza.

Y el resultado consabido: «Visite Azteclano, entrada: un dólar». Los indígenas eliminan el recuerdo de su primera mala experiencia; abren sus puertas a los extranjeros, que *no son conquistadores*. Los que vienen de afuera educan al indio («¡Esto es absurdo!») y le explican el modo de aprovechar sus recursos. Y nuevamente toda la agitación se canaliza en las vacaciones. («Nuestra aventura termina en forma de vacaciones tropicales».) Entre la rutina—de la cual parte el relato—y el ocio final, está la aventura: se premia a los patos por haber ayudado así a los desvalidos. Pero más que nada la aventura es el modo de conseguir la riqueza y la recompensa. Tal como el oro es la abstracción del trabajo (valor) incorporado al objeto, así la aventura es la abstracción del esfuerzo que se necesita (que se padece) para producirlo: la aventura es el trabajo invertido, negativizado, desconcretizado. El sudor hecho fetiche.

De la misma manera se actúa en Babar. La violencia es aceptada como existente, pero su sentido se altera de modo radical. La ideología tiene, por lo tanto, dentro de sí el sueño, la aspiración, el esquema ideal, perfecto, abstracto, pero también imita la realidad, ocultándola. Así, por ejemplo, el sueño burgués aseguraba que se encontrarían nativos dispuestos a «civilizarse», y ahí están Babar y Cornelio para probarlo. El primer contacto entre Europa y un país «bárbaro» era por medio del intérprete salvaje: este es el primer puente, el nexo lingüístico de las dos esferas. «Cornelio habla como un libro». Los ejemplos pueden multiplicarse, pero es preferible retornar al análisis cronológico.

Habíamos dejado a Babar en el feliz momento de su coronación. Al mismo tiempo se casa con Celeste; queda instaurada simultáneamente la monarquía y la familia, el reino y la posibilidad de herederos, es decir, las dos vertientes del futuro.

Se van de luna de miel. Para este efecto tienen un globo (de un ostensible color amarillo, similar al de la corona de Babar), con el que ellos *se elevarán* por encima de los demás elefantes. Es este un motivo recurrente: *subir*. Lo primero que hizo Babar al llegar a la ciudad fue precipitarse a jugar con los ascensores, a buscar la movilidad vertical. Sin duda esta idea (recordemos a Dumbo, el elefante volador) contiene el deseo de negar la pesadez del cuerpo, de ese elemento concreto que siempre nos conserva tan aferrados a la necesidad y a la circunstancia.⁷ En otros libros sube montañas para esquiar (dos veces), es invitado al país de los pájaros, adquiere un disfraz que le permite volar. Hay aquí una obsesión por ascender: el protagonista requiere ser aceptado en «sociedad», en los «altos» círculos. Habiendo abandonado la posición horizontal ya en dos patas, el elefante sólo piensa en seguir subiendo. La imagen consolida la urgencia por desprenderse de la condición baja, de remontar, de *ser más*. Se trepa por la escalera que la civilización regala.

Pero más que esto importa subrayar el viaje mismo. El país de los elefantes ha perdido su carácter exótico: está reservado para ser el patio de Europa. Uno de los temas fundamentales de las historias contemporáneas es «la aventura», la búsqueda de nuevas sensaciones que rompan la rutina y el hábito, el encuentro con peligros (desórdenes) que podrían poner en duda el orden interior y exterior de los personajes, pero que ellos siempre logran sobrepasar. En el mundo de Disney, por ejemplo, los lugares geográficamente apartados facilitan la búsqueda de tesoros, ya que ahí, evidentemente, nadie es dueño de la riqueza y nadie ha trabajado para conseguirla. Pero en el caso de Babar este

⁷ Véase de G. Bachelard, *El aire y los sueños. Ensayo sobre la imaginación del movimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

viaje cumple varias otras funciones específicas. Ya en las novelas bizantino-barrocas, y en sus derivaciones contemporáneas, los reyes (a veces los héroes menores) eran azotados por la mala fortuna (naufragios, cautiverio etc.) y, por consiguiente, acercados al lector, «rebajados», pero mediante la *fortitude* y la *magnanimita*⁸ se mostraban merecedores de los bienes con que, finalmente, la providencia los colmaba. Volvían enaltecidos y triunfales a su país, que entre tanto sentía gran necesidad de ellos. Su alejamiento servía para demostrar que eran indispensables.

Sin embargo, si escudriñamos bien el relato, el sentido último de las peripecias es ponerlos *a prueba*. Tal como Robinson Crusoe, llegan a una isla y, como él, tampoco pierden su contacto con la civilización.⁹ Lavan su ropa, cocinan y condimentan exquisitamente su comida, etc. Los dos elefantes podrían muy bien haber retornado al primitivismo, haberse enfarragado en la bestialidad (como ocurre en varias novelas europeas de la década de 1950, por ejemplo en el Señor de las moscas, de William Golding). Llevan Europa como dimensión interna, han probado su capacidad ejemplar para gobernar. Y justamente se enfrentan a «caníbales salvajes y feroces», seres que no han alcanzado la civilización. Se reedita una experiencia muy usada en la literatura europea: la oposición de dos tipos de seres naturales, unos de signo positivo, otros de signo negativo.¹⁰ Paradójicamente, por ser civilizados, los animales vencerán a los hombres. Frente a la desnudez de los caníbales, la ropa de los elefantes, frente a la antropofagia (tabú), el fuego que domestica, el arroz y el pescado. La distancia entre Babar y los salvajes implica que no hay retorno posible al estado primitivo. Pero, lo que es aun más importante, va a prepararnos para la lucha, en el país de los elefantes, contra aquellos animales (los rinocerontes) que tampoco se han civilizado y con los cuales se establece el paralelo en el episodio siguiente.

En efecto, hay guerra en el país de los elefantes. Mientras la anciana señora rescata a sus amigos del circo (naturalmente que lo primero que hace es vestir a sus protegidos y hacerlos descansar en camas separadas, vigilados desde la pared por el retrato de su protectora), Arturo, el joven primo de Babar, ha hecho una «broma muy pesada» a un rinoceronte dormido: ató un cohete a su cola. Cornelio pide disculpas en un tono comedido, promete castigar al niño, etc. El rinoceronte no accede y se pone amenazador. La guerra que sobrevendrá—en la cual Babar afianzará el liderazgo y, en definitiva, la superioridad de la civilización con respecto a la barbarie—aparece originada, de este modo, en un aspecto marginal, en la personalidad estrafalaria de los gobernantes y, de hecho, en su falta de civilidad.¹¹

Para explicar las luchas entre los animales (los americanos, los africanos, los asiáticos) se recurre a su estado salvaje. Estos «locos» magnifican los hechos más allá de su realidad «Querían apresar a Arturo para hacer un pastel de carne» Bastará entonces que los demás animales también se tornen

⁸ Véase de W. Kayser, «Origen y crisis de la novela moderna», *Mapocho*, año III, vol. 9, n° 3, págs 58-80. También mi ensayo «¿Volar?, un estudio en la narrativa de Jorge Edwards y Antonio Skarmeta», *Revista Chilena de Literatura*, vol. 1, otoño de 1970, págs. 59-78.

⁹ Véase de I. Watt, «Robinson Crusoe as a myth», *Eighteenth Century English Literature*, Nueva York, Oxford University Press, 1959, págs 158-79. Las páginas de Marx en *El capital* son demasiado conocidas para ser citadas; aquí también se da una producción de mercancías en aislamiento, una ficción del *homo economicus*.

¹⁰ En *La Diana*, de Jorge de Montemayor; en las comedias pastoriles de Shakespeare, en los dramas de Lope, en la *Arcadia*, de Sannazaro; en la *Astrée*, de Urfé, esta división dentro de la naturaleza proclama su ambigüedad: una naturaleza bondadosa pero básicamente racional y cortesana (pastores) frente a una pasional, desbordante (seres maquiavélicos, horribles, salvajes, hombres que desconocían la ley de Dios para apoyarse en sus instintos).

¹¹ Todo sucede por casualidad en este mundo. Hay una concepción de los cambios como catastróficos, azarosos, y, en general, impredecibles: muerte de la madre, encuentro con la caridad de la anciana señora, deceso del rey, y ahora la guerra de los elefantes. Nunca hay razones para que algo ocurra: la cotidianidad férrea de los hechos se esfuma en la nebulosa de la magia, de lo inexplicable.

razonables, «occidentales», para que no haya más encrucijadas. No se niegan —como se ve— las luchas en ese continente adonde llegan las formas europeas de vida: solo que no están provocadas por los europeos, sino que, por el contrario la aceptación de los modelos civilizados es la que permitirá superar el estado «bárbaro» de la guerra. Babar va a utilizar su ingenio, su capacidad estratégica, para hacer frente a la fuerza bruta y a la crueldad: un elemento civilizado (la pintura) servirá para disfrazar a sus soldados y atemorizar a los adversarios. «Los rinocerontes, creyendo que son monstruos se desbandan aterrorizados». El atraso económico, la superstición de los salvajes, han sido decisivos: la técnica ha domado a quienes querían adquirir prácticas reñidas con la razón. Los elefantes, por estar armados (disponen de una técnica que los separa cualitativamente de sus enemigos), se alzarán con la victoria. La proximidad con los intereses occidentales y todo lo que ellos representan significa fortalecer el país y derrotar a sus adversarios

En el dibujo, Babar monta en uno de sus súbditos, un elefante, y levanta sus manos en señal de victoria, mientras los rinocerontes (notablemente parecidos en porte y color a los mismos elefantes) son encadenados. Luego se firmará la paz. El efecto inmediato, militar, ha expuesto la bondad del sistema y prestigia el camino para el siguiente paso: usar esos conocimientos para elaborar un nuevo orden civilizado. Ha llegado la hora de construir la primera ciudad de los elefantes. Después de la guerra, una pacífica civilización idéntica a la europea. Los pasos de la colonización.

Los dromedarios «traen a Babar su gran equipaje y todo lo que compró en el país de los hombres durante su viaje de bodas». Mágicamente, la civilización entera cabe en esas cajas. Babar pronuncia un discurso: «Amigos míos, en estas maletas, fardos y sacos hay regalos para cada uno de vosotros y todas las herramientas necesarias para la construcción de nuestra ciudad». Por primera vez, entonces, los elefantes se ponen a trabajar. Es el momento fundamental: los nativos construyen una urbe que obedece a planes europeos. El imperialismo penetra en Africa. Pero los elefantes «están felices». «Golpean, arrastran, empujan, cavan, echan, llevan y abren sus grandes orejas para escuchar los discos de la anciana señora». En el dibujo se los ve trabajando cada uno por su cuenta: una armoniosa división del trabajo. Babar, en el medio, dirige las operaciones.

El resultado final es suave y meloso: cada uno de ellos tiene su *bungalow* de un piso. En los extremos, más arriba (subir, subir), hay una casa de dos pisos para Babar y otra idéntica para la anciana señora.

En efecto, la anciana señora ha decidido quedarse con ellos. Pero ahora su figura se nos clarifica definitivamente: durante la guerra, ella funda con Celeste un hospital con una gran cruz roja, donde trabajan «abnegadamente». Se acentúa el sentido caritativo de su intervención. Luego se la condecora («ha hecho tanto por ellos y por los heridos»). En el dibujo aparece con un vestido monacal blanco y ya no podemos abrigar dudas: es el espíritu misionero en Africa (y en otros lugares). Su frágil y alargada figura, su maternidad sin hijos, sus gestos de caridad, su espiritualidad, configuran el catolicismo militante. Pero no hay referencia abierta a la religión: representa los valores cristianos sin mencionarlos. Habiéndose terminado la guerra, retorna a su función original: la educación. «A menudo cuenta historias a los pequeños elefantes», que hacen rueda en el suelo en torno a ella. Aunque todavía no es el momento para analizar en profundidad el paternalismo en estas obras, es necesario advertir que los indígenas, negros, nativos en general, son tratados como «hijos», y el país explotador, como madre-patria, fuente y matriz de los bienes. Se enfatiza semánticamente que es la metrópoli la que da vida (luz) y hace nacer a ese pobre huérfano (el satélite); posteriormente lo cría, le entrega los instrumentos para que crezca y se eduque. Por lo tanto, la anciana señora resume en sí las características de la madre distante (abuelita, institutriz, tía, profesora, lo que se desee). Esto se relaciona, además, con la idea fundamental de que las naciones constituyen en conjunto una gran familia. Veremos después que esto trae como consecuencia la idea de que el subdesarrollo es una falta de crecimiento (biológico), un estado anterior inferior a la

madurez, y que por lo tanto basta con «despegar», progresar, para pasar a la siguiente etapa. Cuando Babar tenga más años va a ser idéntico a la anciana señora. Se legitiman también los lazos de dependencia emocional e intelectual. Es evidente, entonces, que la ideología burguesa prefiere rehuir —véase el caso de los patos, su familia de tíos, sobrinos, primos, novias, pero sin madres, hijos, padres— la imagen misma del *padre* en esta literatura. Es preferible un pariente más lejano, de figura más ambigua, que más que dominar otorga beneficios. En efecto, se consolida la relación paternalista, que tiende a crear en el «hijo» una dependencia psicológica, una eterna espera de orientaciones, valores, caminos, consejos y dádivas,¹² y para colmo crea una situación tal que cuando el «vástago» utilice (si puede) la educación que le han dado para liberarse del yugo paterno o para examinar críticamente su propia situación, la relación estará siempre defendida por la «gratitud», por la «lealtad», por el «respeto a los mayores», por las eternas hadas madrinas.

Babar (hijo) va a repetir con sus súbditos (y con sus hijos) lo que ha aprendido con su madre-patria, la fuente secreta, mágica, casi edípica, de su poder: los tratará como a niños. «Hoy Babar cumple su promesa: a cada elefante le da un regalo, y, además, ropas resistentes para el trabajo y trajes magníficos para las fiestas». Es una economía—por ahora—sin dinero, pero ya hay una forma de deuda y pago. Los elefantes «regresan a sus casas bailando». Pero lo notable es el dibujo: por una puerta entran decenas de elefantes, masa amorfa, todos en cuatro patas, haciendo cola para recibir el obsequio; por la otra puerta salen en *dos patas*, a medio vestir, regalos en mano. Se ha terminado una etapa en la historia ideal: sin tropiezos, se ha creado una ciudad al margen del tiempo, sin explotación o dinero. El baile será eterno.¹³

Pero su día ya aparece dividido en dos, como lo destacan dos tipos de trajes: el del ocio y el del trabajo. Los regalos que han recibido sirven para aumentar su dependencia, para sacarlos de su estado «bárbaro», pero con su entusiasta consentimiento. El resultado será una fiesta el día domingo: pero habrá que trabajar ahora toda la semana para preparar la ocasión.

Con la ropa, sobreviene la segregación de los elefantes. Los jóvenes van a la escuela, los más viejos «han escogido un oficio». Es algo voluntario, que lleva implícito un gran gusto: la división del trabajo que aparece como necesaria, algo que los beneficia a todos por igual en una sociedad de trueques de servicios. «Si Cojuelo tiene los zapatos rotos, se los lleva a Trapillo, y si Trapillo está enfermo, Cojuelo lo cuida. Si Barbacol quiere poner una estatua sobre su chimenea, e pi e una a Palmiro, y cuando la chaqueta de Palmiro está usada, Barbacol le corta una nueva a medida. Justiniano pinta el retrato de Picholo, el cual lo defiende contra sus enemigos. Cachumbo limpia las calles, Olur repara los coches, y cuando están cansados, Dulzón toca música».¹⁴

¹² véase E. E. Erikson, *Childhood and society*, Londres, Penguin, 1965. Por lo demás, otras características de la anciana señora permiten rastrear sus relaciones con el mundo real. Para Francia, su figura adquiere rasgos vagamente reconocibles la efigie de Marianne, de Juana de Arco, de la Estatua de la Libertad (regalada a un país que se sacude sus ataduras coloniales), pero sometidas a un envejecimiento que es producto, acaso, de la preocupación por el bienestar y el distanciamiento de las relaciones inmediatas. Por otra parte, la tesis neocolonialista acentúa el papel neutro y mediador del Estado frente a los conflictos entre el monopolio que opera desde su propio país y los intereses de las naciones conquistadas. Su severa benevolencia aparece así incontaminada por esos elementos perversos.

¹³ Siempre bailan los elefantes. Como la teoría racista acerca de los negros que sirven «para eso», que descuelan en la música y en los deportes véase E. Cleaver, *Soul on ice*, Nueva York Dell Publishing Co., 1968.

¹⁴ Eso sí: Babar juega tenis con Picholo y su señora, es decir, mantiene buenas relaciones con los militares y con nadie más.



El modelo que propuso Babar ha tenido efectos satisfactorios; el bienestar y la felicidad de su pueblo son evidentes. El mito arcádico se ha concretado: la vida santa y natural de los salvajes que gozan de todas las utilidades del progreso técnico combina la moralidad y la civilización. Ese espacio privilegiado condensa Europa y su nostalgia, elimina los roces entre países desarrollados y subdesarrollados, entre explotados y explotadores. Los valores urbanos no han derruido la naturaleza, la han perfeccionado; los salvajes se han incorporado sin dolor al mundo burgués, tal como la mitología

imperialista lo había proclamado siempre. La intervención europea ha sido *todo un éxito*. Desde el disparo que mató a la madre de Babar, hasta las jaulas en que estuvieron encerrados después —ni qué hablar de esos malvados y primitivos rinocerontes que hicieron la guerra por estupideces—, son cosas del pasado; han tenido como consecuencia algo excelente, milagroso: el desarrollo y la armonía de los elefantes. Así, la idea básica implícita en Babar es que no existe tal subdesarrollo, no existe ya colonialismo; solo hay países atrasados que, al imitar a los países más «avanzados» («crecidos»), al importar técnicos y ponerse a trabajar intensamente, incorporar profesores extranjeros, lograrán nivelarse. Es un modelo a seguir, es un experimento victorioso. Y fundamentalmente ha sido así porque lo han realizado los *elefantes mismos*. No hay necesidad de ocupar militarmente estos países (lo que significa además un enorme gasto), no hay por qué tener dominio político directo. Basta mantener un dominio económico, técnico; basta una burguesía dependiente. Es la tesis neocolonial. Esta teoría ha sido descrita por Basil Davidson¹⁵: hay que crear una clase media que facilite el paso desde el estado salvaje a la civilización, pero cuya función consista, en efecto, en garantizar que el sistema económico de las ex colonias siga siendo un fragmento dentro del sistema capitalista mundial. «Casi siempre —escribe Davidson— los grandes poderes coloniales lograron su objetivo. En una y otra colonia aseguraron que el poder debía ser entregado a los jefes (caciques) tradicionales miembros de las pequeñas élites educadas, que estaban aliadas a los grupos de empresarios nacionales, graduados en las universidades, con ambición de carreras personales en que emularían la superioridad de Oxford, París u otras por el estilo. Naturalmente, los gobernadores coloniales no miraban con ojos ciegos las deficiencias de "sus africanos"; simplemente argumentaban, pero hablando con cuidado, que "estos son los mejores que podemos hallar". Una vez que hallaron esos "mejores", hicieron todo lo posible para asegurar que el "gobierno por parte de una élite" se prolongara. A las instituciones políticas nativas se las distorsionaba o se las envolvía en simulacros de sistemas parlamentarios copiados de los modelos londinenses o parisinos, y simultáneamente se desarrollaba una tremenda propaganda tendiente a convencer a los africanos de que la esencia y la finalidad de la higiene mental política se

¹⁵ «What's wrong with Africa?», *International Socialist Journal*, Milán, vol. I, n° 4, agosto de 1964, y del mismo autor, *The search for a new society, which way Africa?*, Londres, Penguin, 1964.

encontraban dentro de estas formas de democracia, y de que cualesquiera otras formas eran inferiores, imposibles o conducentes al "comunismo".¹⁶

El crecimiento de Babar sigue muy de cerca el desarrollo de una burguesía dependiente. Por eso reviste especial importancia que nosotros, desde un país dependiente, analicemos y decodifiquemos su ideología. Imitar a Babar, en Chile, significa internalizar los modos de emulación adecuados para seguir progresando, para llegar a ser «rey»; es aceptar una determinada teoría del desarrollo y del subdesarrollo: necesidad de los modelos extranjeros, desprecio de la realidad atrasada, deseo de educarse de acuerdo con esos modelos (modernizantes y finalmente tecnocráticos), comprensión de que mientras más se aproxima uno al centro, más se está ligado al poder y a la verdad, y de que no hay otro modo de avanzar sino convirtiéndose en Estados Unidos o en Europa; de que es preciso adoptar una actitud caritativa, sentimental, paternalista, frente a los desposeídos y a los más «débiles», y de que en un mundo jerarquizado todo funciona bien.

Pero ante todo, la consigna fundamental es no ver el subdesarrollo como producto del desarrollo de otras naciones, no ver la pobreza y la riqueza como dos caras de la misma moneda, dos resultados de un mismo fenómeno. El subdesarrollo, sus problemas, sus dificultades, sus miserias, se parecerían a la turbulencia que sufrió Europa en la transición del feudalismo al capitalismo: es una etapa «normal» dentro del «crecimiento normal» de una nación. Según W. W. Rostow, bastará que esos países maduren, que se integren más (que sigan comprando bienes de capital) al sistema occidental, que «arranquen», que «despeguen», para que la crisis del crecimiento (*growing pains*) desaparezca. No es el sistema el responsable (si lo fuera, habría que romper la dependencia y marginarse del sistema capitalista mundial como única solución); hay que efectuar ciertas reformas (la «Alianza para el Progreso», un «Plan Marshall» para Africa, la «vietnamización» del conflicto) que destruyan la estructura «feudal» (léase: primitiva, pasatista, precapitalista) y permitan el florecimiento de la civilización. Escribe Lincoln Gordon: «...los núcleos de industrialización ya importantes, la gradual consolidación de la clase media y la formación de un grupo de empresas llenas de vitalidad, aunque a menudo indisciplinadas, son realidades que permiten esperar que, mediante un esfuerzo de cooperación bien organizado, la mayor parte de América latina pueda equipararse económicamente con el mundo moderno en el plazo de unos diez años». ¹⁷ Lo escribió en 1959-1960.

Esta teoría, como han probado los sociólogos marxistas¹⁸, refuerza los lazos de dominio, intensifica la explotación. Hay que tener paciencia, sugieren los dominadores: cuando surja una clase media madura, se habrá terminado la etapa «adolescente» de los subdesarrollados.

La idea de que los países cambian como los organismos, de que siguen las mismas etapas de crecimiento que los seres humanos (nacimiento, niñez, adolescencia, madurez, etc.), de que son aquejados por los mismos tipos de dificultades y problemas (violencia, enfermedad, dominio,

¹⁶ B. Davidson, op. cit., págs. 482 (trad. propia).

¹⁷ L. Gordon, «Abrazo versus coexistencia. Otros comentarios», en O. Hirschman, ed., *Controversia sobre Latinoamérica*, Buenos Aires Editorial del Instituto Di Tella, 1963. El libro de W. W. Rostow es *The stages of economic growth. A non-communist manifesto*, Londres Cambridge University Press, 1960. Las etapas que distingue son: «*the traditional society; the preconditions for take-off, the take-off, the drive to maturity; the age of high mass consumption*» (la sociedad tradicional; las precondiciones del despegue; el despegue; el impulso hacia la madurez; la era de alto consumo de masas). La relación entre biología y economía son evidentes, así como los términos extraídos de la jerga aeronáutica. Babar vuela con las alas de Rostow.

¹⁸ A. Gunder Frank, Cockcroft, Johnson, *Economía política del subdesarrollo en América latina*, Buenos Aires, Signos, 1970; J. Petras y J. M. Zeitlin, *Latin America reform or revolution? A reader*, Londres Fawcett, 1968; T. dos Santos, *El nuevo carácter de la dependencia*, Santiago de Chile, Universidad de Chile, CESO, 1968.

desequilibrio, etc.) como producto del crecimiento¹⁹, nos ayuda a encontrar la clave que permite apreciar la estructura fundamental de Babar y la de casi toda la literatura infantil de nuestro tiempo. Para resumirlo en una palabra, la forma básica de la dominación ideológica será el uso de la *inocencia* para des-realizar y conciliar las contradicciones del sistema.

Ya dijimos que mediante los elefantes se incorporaba al niño pedagógicamente a los valores tradicionales. No solo se nos advierte de qué manera beneficiosa África (o cualquier sector salvaje) ha sido elevada por la civilización, sino que también se demuestra de qué manera seres inocentes, juguetones, ignorantes, cariñosos, ingenuos —en fin, niños, en fin, elefantes—, son recluidos en el mundo de los grandes y tienen un lugar en él. Paralelamente al esquema histórico del país de los elefantes, se desarrolla un mensaje psicológico-social, tal como los elefantes se han adaptado al mundo y han crecido, así también debe hacerlo el niño. Y se le asegura que no tiene nada que perder; puede ser adulto sin renunciar a su condición de niño, tal como en la utopía de Babar se puede ser africano y europeo, hombre y animal, desarrollado y subdesarrollado, trabajar sin explotación y sin dinero. («Antes de dormirse Babar piensa en ese hermoso día. Trabajaremos con alegría, se dice, y así continuaremos siendo felices»). Es posible ingresar en el mundo responsable de los adultos sin privarse de las garantías de la niñez. Es posible iniciarse en el mundo europeo sin perder la naturaleza.

El espacio en que se perpetúa esta literatura aparece como esencialmente *inocente*: se vive de modo tribal, sin dinero, las relaciones entre las personas son simples y edénicas, se habita en la proximidad de lo natural (entendido también como ingenuo, inmediato, sin artificios ni complejidades), y todo esto se conecta con uno de los grandes mitos humanos, el de una edad de oro, un espacio uterino, un útero paradisíaco. Se fomenta entonces un escenario, que corresponde a la infancia y dentro de este los animales posibilitan la identificación y la proyección necesarias. El niño aprende así —por medio de un *alter ego* elefante, pero que puede ser perro, oso, león, pájaro— a admirar las formas civilizadas, paternalistas, el trabajo, la educación, etc., como si él fuera también otro animalito (otro colonizado), pequeño salvaje que precisa fructificar. Se aprenden las costumbres del mundo al imitar la evolución de los elefantes: estos comienzan en un estado primitivo, gatean (cuatro patas), van madurando, se ponen ropas, luego trabajan, adquieren responsabilidades. Los cambios en el orbe infantil, en las etapas de crecimiento de todo individuo, coinciden con las transformaciones en el mundo mismo de los elefantes. Pero mediante esta identificación, este puente inocente, él adquiere una visión seudohistórica; se le introduce en un esquema previo acerca de la dialéctica, en un modo de comprender desde ya el mundo en que vive (prejustificación de una historia que él todavía no conoce, pero que ya tiene ubicada, interpretada y fijada cómodamente en su lugar).

La inocencia es, así, el sustrato habitual que posibilita el dominio ideológico, las etapas de la penetración colonial, las etapas de asunción por parte del nativo de la civilización occidental como norma de perfección. Las mismas etapas en que el niño legitima esa civilización y se deja encerrar dentro de los límites de su sistema forman un todo indiviso, que se confunde por la actuación de la inocencia, inocencia económica, inocencia sexual, inocencia casi metafísica, natural. El niño no experimenta sospechas ante los animales (el adulto tampoco): la confianza que los animales depositan en el sistema se traduce en la confianza que sienten los niños frente a los animales.

¹⁹ «Aceptaron el deber que les impuso la recién constituida Liga de las Naciones: gobernarlos [a los países africanos] como si fueran los "sagrados depositarios de la civilización", hasta que llegara la hora en que aquellos pidieran "pararse sobre sus propios pies frente a las arduas condiciones del mundo moderno"». Oliver y Page, *A short history of Africa*, Londres, Penguin, 1962, pág. 210 Véase también, de R. Ledda, «Africa; a stage of transition Social classes and political struggle», *International Socialist Journal*, Milán, vol. IV, n° 22, págs. 56080, agosto de 1967.

Al revestirse de ingenuidad, el mundo de los adultos puede conservar todas sus características dominadoras esenciales, puede ser traspasado al niño e internalizado sin crear anticuerpos de rechazo. El niño ingiere en bloque el mundo mismo, el sistema y su bondad necesaria, las formas de su funcionamiento, y esto le permitirá fluir por las vías de la socialización. El niño se prepara para funcionar, para ser adulto, para ser Babar, para comprender que esa colonización (de sus padres, de las naciones más avanzadas) es altamente beneficiosa para quienes la reciben; que esas naciones salvajes (una de las cuales bien puede ser la suya) están en una relación sumisa y excelente frente a la madre-Europa; que cualquier tipo de dependencia (la suya con los valores de sus padres) es igualmente magnífica, y que él —elefante— continuará gloriosa e ininterrumpidamente la labor que comenzaran sus antepasados, la anciana señora, abuelita, institutriz, madre iglesia. Se ha confundido la vida psicológica individual con la vida histórica de las naciones, y el resultado es una estructura paralela de dominación en ambas. Tal como él ha sido tratado como un niño para su propio bien, así hay que tratar a los indígenas, así a las naciones atrasadas. Los subdesarrollados son niños (y no consecuencia de un sistema imperialista mundial), que solo necesitaban educación, solo requerían técnica para acceder al mundo occidental, cristiano y adulto. Las contradicciones y los cambios quedan explicados así al considerar las etapas sociales como si fueren etapas biológicas. El modo en que el niño crezca fomentará en él la idea de que la maduración de los pueblos-idénticos-a-niños será similar, seguirá los mismos auspiciosos cauces: el sistema colonial y el sistema familiar se refuerzan mutuamente.

La inocencia de ese mundo aparece de esta manera como el armazón que posibilita todas las demás inversiones y ocultamientos. En los animales puede desarrollarse —sin sus contradicciones— la historia de los hombres; dentro de los límites de lo «natural» se mueve la sociedad. El niño se encuentra en el punto justo de alejamiento y de cercanía respecto de los modelos: intuye que son seres humanos, pero sabe al mismo tiempo que no lo son. Esta primera fusión de naturaleza y sociedad, de animalidad e historia, es el paso introductorio para la simplificación posterior de las tensiones reales, la unidad de ciudad y campo, desarrollo y subdesarrollo. Europa y Africa, el orden y la libertad, el trabajo y la alegría. Se han resuelto las contradicciones, hemos arribado al final de la historia humana: no es esencial que el socialismo realice *en los cambios dialécticos* la superación de los antagonismos, su síntesis, porque en realidad —tal como los hombres son elefantes, y los elefantes, hombres— no hay tal antagonismo, no existe tensión irreconciliable.

Y de ahí también el nombre del protagonista: Babar. Recuerda lo infantil (el balbuceo, la tartamudez, la repetición ingenua de sílabas), pero es también un modo de referirse a Papar, al padre, al modelo futuro y admirado. Y como si esto fuera poco se le une la idea de bárbaro (*barbare* en francés), un bárbaro al que le falta una *r*, un *casibárbaro*, un semi, un quizá, un quién sabe. Y, a su vez, la grafía con que se escribe el cuento aparece igualmente inocentada: redonda, un poco vacilante, cuidadosa, casi arquetípica de un niño, pero de un niño que ya ha aprendido a escribir.

Hay otros múltiples métodos para conservar la inocencia de esa figura paternal. Entre ellos, el más notable es un constante revolotear de pájaros en torno a Babar, una espiritualización suave de su figura, una bendición de alas. Es algo así como —salvando las distancias— el círculo de violines en torno a la iluminada cabeza de Cristo en la *Pasión según San Mateo* de Bach. Siempre el dibujo va a estar comentando el mensaje, reafirmandolo pictóricamente.²⁰

²⁰ Véase en U. Eco, *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*, Buenos Aires, Lumen, 1968, la sección «El lenguaje del comic».

Pero no ha terminado todavía la narración. Falta una última etapa, que durará eternamente. En el desfile de aniversario de Villa Celeste se ve a los elefantes disfrazados con trajes de todas las épocas y países: mosqueteros, soldados romanos y napoleónicos, lanceros, *bov scouts*, etcétera.

Recordemos que los elefantes no tienen un pasado cultural propio, ya que antes de la llegada de Babar vivían primitiva e ingenuamente en el seno cíclico de la naturaleza, respiraban el paraíso sin tiempo y sin problemas donde un día era idéntico al siguiente. Pero al tener un presente modelado sobre Europa, al iniciarse la colonización y asimilación, se salta a otra etapa: hay que adscribirse al pasado europeo, inventar una *historia* paquidérmica que sea humana. El país de los elefantes pierde su condición de colonia, su dependencia, al anular la conciencia y el conocimiento de su situación peculiar: desea ahora ser totalmente asimilable a Europa, porque al borrar el pasado de los elefantes y sustituirlo por uno europeo, se cierra también toda la etapa anterior, se elimina toda referencia al hecho de que un elefante huyó una vez a la ciudad y regresó, prometeicamente, con la civilización, y que tuvieron una guerra con los rinocerontes y fueron enjaulados y todo lo demás. El país de los elefantes no es una mera órbita de Europa, es uno más de los centros que se consideran herederos de la universalidad de la cultura occidental. No basta con adoptar la actualidad de Europa (p. ej., industrias, etc.), sino que es imprescindible abolir la historia propia y vivir la de los colonizadores.

Y por eso, simultáneamente, nacen (de una vez, para evitar preguntas) los tres hijos de Babar; la primera generación que se gesta en el ámbito civilizado. Ese pasado ficticio se construye para los niños, para los herederos del reino. Es un mundo europeo, radicalmente distanciado de la infancia de Babar: sus travesuras, accidentes, juguetes (tienen leones y jirafas en miniatura), son de seres humanos. En el camino hacia el castillo de Bellatrompa se ve un paisaje absolutamente europeo: un tractor, un avión, un *statiotwagon* último modelo, un camión. La mecanización del país de los elefantes implica—para el autor—suprimir el pasado, desteñir lo salvaje.

«En el majestuoso vestíbulo, los niños admiran los retratos de los antepasados. "Qué mosqueteros tan airoso", dice Arturo "Yo prefiero el romano" dice Céfiro». Pero nosotros sabemos que, dado el paso de Babar desde un estado primitivo a gran cultor e importador de la civilización, es imposible que sus antepasados fuesen romanos, renacentistas o dieciochescos. Eran simplemente elefantes. Tal como a las razas subyugadas se les impone la historia occidental como propia, como suya, cuando en realidad su historia es la de una dominación socioeconómica despiadada, de igual manera se borra el camino que recorrieron los elefantes para marchar hasta este estado civilizado. Se hace imposible que los elefantes pequeños (y los lectores igualmente pequeños) vislumbren siquiera el proceso de cambios que se necesitó para que el «progreso» llegara a ese país. Se borran los libros anteriores, hasta esa seudohistoria ficticia queda sumida dentro de los canones temporales europeos. La falsificación que Babar verifica de su propio pasado, que a su vez ya era una idealización (la historia rosa de la conquista y la explotación), corresponde a una burguesía dependiente que termina por eternizar, destemporalizar, las raíces de lo real. Los hijos de Babar (y los lectores) aprenden la historia de Europa como propia, pero de esta rememoración se ha eliminado toda referencia al resto del mundo, mediante cuyo dominio el capitalismo desarrolló algunos países y redujo a otros al tamaño de enanos. Los elefantes se hacen hombres y no se preguntan sobre su extraño, híbrido ser de «elefantombres». Somos «los ingleses de Sudamérica», «la Suiza de América». Esta necesidad ha sido descrita magistralmente por Fanon y por Cleaver: «La mentalidad neocolonial y racista desea establecer una relación de dependencia en que los explotados actúen como niños y sean amados como tales, como... elefantes». «Todo pueblo colonizado —escribe Fanon—²¹ es decir, todo pueblo en cuya alma ha sido creado un complejo de inferioridad por la muerte y entierro de su originalidad cultural local, se encuentra cara a cara con el lenguaje de la nación que emprende la

²¹ *Peau noire, masques blancs*, París, Editions de Seuil, 1952.

civilización: la cultura de la nación-madre. El colonizado es elevado por encima de su status selvático según adopte las normas (los estándares) culturales de la nación-madre. Se vuelve más blanco a medida que renuncia a su negrura su jungla». Detrás de Babar se palpa, entonces, la teoría racista con que el capitalismo ha justificado antropológicamente su predominio: el hombre de color necesita al blanco; hay un deseo subconsciente de ser aplastado y de entregar la personalidad. Como la mujer necesita al hombre y desea ser subyugada, poseída; como el niño esencializa al padre. Relaciones todas que se reiteran en los libros y vuelven a expresar la tesis central.

Así Babar, su familia y su reino ingresan en el territorio cierto de la estabilidad eterna, del progreso sin cambios. Desde ese momento, el mundo será invariable. Al asimilarse totalmente a las normas burguesas, se invalida toda posibilidad de transformación, porque ni siquiera las raíces falsificadas existen: cada incidente, como en las series televisivas, como en las fotonovelas, como en las historias cómicas, como en la mayoría de los productos de consumo masivo enajenante, se asemeja estructuralmente al anterior y al que sigue, es uno más en una cadena de identidades dentro de una totalidad inmóvil. Toda la evolución de Babar ha sido creada con el propósito final de actuar como si no existiera, para arribar a una situación ideal, idéntica a la de otros personajes, como Donald, Porky, Woody, etc. Por eso el caso de Babar es especialmente interesante: recorre los caminos que los otros animales de historietas no han recorrido (aquellos son atemporales, asexuados, su país no avanza ni retrocede, nunca nacieron, no tienen padre ni madre), para terminar igual que ellos: al ignorar su historia, las etapas de su génesis, se vuelve similar al Pato Donald o el que sea, se hace idéntico a él, y por lo tanto las narraciones que se van a reproducir en ese espacio mítico, ahistórico, no serán diferentes de las que se hacen en otras historietas. Por eso, Babar puede ser transformado en una revista mensual, en una serie de televisión.

El milagro se ha completado: los elefantes son europeos y tienen estatuas mitológicas griegas, querubines, sátiros, sirenas, con formas paquidérmicas. *Africa* ha sido olvidada. Pero sin duda, los elefantes siguen siendo inocentes, buenos y un poco marginales, ya que en eso estriba su valor especial. El autor enfocará, desde ahora en adelante, aquellos momentos en que los elefantes adopten tal o cual valor específico occidental, que sirve así como un modo de enseñar al niño lector a aceptar, aprender, también esa característica. Se borra lo salvaje en lo que tiene de etapa histórica, pero no en cuanto sustrato que facilita el aprendizaje del aparato y los procedimientos del dominio.

Un ejemplo: *Babar y el Papá Noel*. Los elefantitos se enteraron del modo en que los niños de otros países celebran la Navidad. «¿No les parece que le podríamos escribir (a Papá Noel) para que también viniera a nuestras casas en el país de los elefantes?» Pero Papá Noel no responde y debe intervenir Babar: «¿Cómo no se me había ocurrido antes? Yo mismo iré a pedir a Papá Noel que venga al país de los elefantes». Sigue la pista hasta llegar a entrevistarse con el visitador navideño: «Babar le pide que vaya a su reino a repartir juguetes a los elefantes pequeños, así como lo hace con los hijos de los hombres». Después de llevarse al Viejo al país de los elefantes, donde este descansa al sol, viene la recompensa: la responsabilidad queda delegada en Babar. «¿Sabes qué hay dentro de esta bolsa? ¡Un traje de Papá Noel a tu medida! Un vestido mágico que te permitirá volar [las bastardillas son mías] por los aires, y otro lleno de juguetes. Tú me sustituirás en Nochebuena en el país de los elefantes. Te prometo volver cuando haya terminado mi trabajo y traerte un hermoso árbol de Navidad para tus hijos». Babar importa, y luego encarna, el modelo extranjero, que naturalmente es solicitado por todos los niños (elefantes y humanos) porque trae consigo beneficios y dádivas. El paternalismo se acentúa, se internaliza el hábito internacional: acceder a la felicidad y al bienestar es mimetizarse con el «país de los hombres» hasta que no haya alteridad. El gran Padre Blanco se fusiona con el Gran Padre Rey de los elefantes y Se prestigian mutuamente. Para los niños (para los animales) el representante de Papá Noel y, por lo tanto, de la magia, del mando sobre los aires, del paraíso de regalos y dádivas, del poder, el representante de la caridad extranjera

y el canal por el cual llega, el que asegura la continuación de la infancia para siempre, es Babar, jefe, padre, civilizado, triplemente poderoso. Dios.

Babar es y no es Papá Noel: otorga dones, pero su traje es un disfraz extranjero. Los niños intuyen que la verdadera fuerza de Babar reside en mantener una relación adecuada, cariñosa, con el país de los hombres. Los seres que vienen desde afuera se hacen indispensables, tanto para el progreso económico del país de los elefantes, como para el bienestar psicológico del lector, que ya se ha apropiado de su papel en la estructura del poder (padre-hijo, metrópoli-satélite, rigidez-instinto) y que espera ver concretado y verificado a cada momento el mismo sistema. La repetición crea el hábito mental y todo confluye a crear un niño—y un futuro hombre—neutralizable.

Así, llegará desde «afuera» el profesor Grifatón, hermano de la anciana señora (Sigue la gerontocracia). Traerá una serie de novedades, todas muy admiradas por los elefantes. Sale a cazar mariposas para su colección: es el intelectual (o el tecnócrata) que viene a explicarles a los nativos las riquezas que tienen y cómo las deben aprovechar. En el dibujo vemos libros, un microscopio, una serie de instrumentos científicos, en la pared dibujos geométricos y una reproducción de Picasso. Ese espacio es Europa, pero siempre un poco rezagado, ligeramente animal; lo suficiente para que siempre deba importarse la técnica, la ciencia, el arte, el progreso de Europa, la «citroneta» último modelo. Los pequeños lectores, un poco rezagados habrán de identificarse con los elefantes, y especialmente con los hijos de los elefantes, y encontrarán también admirables esos ideales, la necesidad constante de modernizarse, de estar al día, de la tecnocracia como solución de los problemas.²²

Se descubre una cueva. Será el profesor Grifatón, con su espíritu emprendedor, quien incite a explorarla. «Esta cueva me interesa mucho—dice el profesor Grifatón—, ¿no opina usted también, querido Babar, que deberíamos explorarla?». Y salen en expedición provistos de un equipo moderno (cascos, linternas, etc.). Pero no termina aquí el asunto. Al encontrar un río subterráneo, «Querido comandante dice el profesor Grifatón (nótese la cortesía, cierta condescendencia paternal distancia y cariño, cierta paciencia, en la voz del profesor)—, ¿no sería estupendo que todos los elefantes pudieran pasearse en lanchas a motor por el río subterráneo? Se me ha ocurrido la idea de construir un barco de recreo». Siempre las ideas son aceptadas con un «¡Bravo!», «¡Viva!» «¡Sí, sí!», todas ellas interjecciones fijas que reafirman el asentimiento y la imposición. El resultado es un barco de «propulsión atómica con ruedas a paleta». Nuevamente la técnica más avanzada (lo atómico) se junta y se hace inocente con la nostalgia de una época anterior, de un mundo incontaminado y plácido (las paletas).

Pero, en definitiva, el propósito del profesor Grifatón es el *turismo*; el lugar apartado se une al sistema económico mundial, convirtiéndose en un rincón de alegría y esparcimiento. Sin industrializar el país, y además manteniéndolo en un estado «exótico», «conservándolo» se comercia con su naturaleza y sus tradiciones antiguas. Se lo *desarrolla*, es cierto, pero es el desarrollo de la fotografía; el país es sublimado en una tarjeta postal, un souvenir, un «recuerdo de Chile», y los habitantes—para conseguir el dinero de los turistas—deben acomodarse a ellos y ajustar su paisaje (sus recursos naturales) a las demandas de las agencias de viajes, deben leerse a sí mismos en almanaques, enciclopedias, guías, «manuales de los cortapalos».

El plan es un éxito. «Y por la noche, en el salón de fiestas Cornelio condecora al profesor Grifatón con la orden del mérito, como bienhechor de Villa Celeste». Los servicios educacionales, hospitalarios, de la anciana señora ya recibieron su recompensa; ahora le toca al portador del Verbo

²² Sobre los modelos tecnocráticos, véase A. Mattelart, C. Castillo y L. Castillo, *La ideología de la dominación en una sociedad dependiente*, Buenos Aires, signos, 1970.

Científico Se moderniza —a medida que pasa el tiempo— la forma del dominio. «La última invasión ideológica —escribe Gunder Frank²³— propone que la "pericia" y la tecnología norteamericanas pueden resolver todos los problemas de los pueblos del mundo, con solo dejar que los yanquis las apliquen sin intromisión. En la industria esto significa inversiones extranjeras y un grado más alto de monopolización (...) y desempleo. En la agricultura significa métodos de cultivo, semillas fertilizantes, maquinaria agrícola, etc., de Estados Unidos (...) y producción de abonos y máquinas por la Standard Oil y la Ford. Para la población significa control de la natalidad mediante píldoras anticonceptivas y medicamentos (...) y compañías farmacéuticas. Para la cultura significa el "American way of life" en todo, a través de medios de expresión "masivos", de la educación "popular", de la "ciencia", de la estadística electrónica, etc. La gran burguesía latinoamericana acepta todo esto sobre una base de socio menor. Los elementos "nacionalistas" de la burguesía y parte de la pequeña burguesía rechazan la participación "norteamericana", pero aceptan la tecnología, diciendo que la aplicarán ellos mismos (...) y mejor».

Y los niños, ¿qué dicen frente a esto? «En casa, los niños ven la fiesta (la condecoración) por televisión, en compañía de la anciana señora. Están muy emocionados y aplauden estrepitosamente»

Así, los libros de Babar nunca pierden la oportunidad de acentuar el paternalismo y, si bien a veces salen levemente ridiculizados los mayores, por lo general hay una tendencia hacia la adoración de los padres y de su civilización. Se afirma una trascendencia divina (Dios) que otorga validez y sentido al mundo. Se rechaza la libertad, la no dependencia.

Pero esto significa que los vínculos de dominio se pueden hacer claros sin mayores problemas: la misma rebeldía del niño terminará por desmentir las relaciones que se establecen en el mundo de Babar, por inocente que sea la eterna jerga de la sumisión.

Por eso, antes de concluir, sería interesante mostrar, aunque sea brevemente, una forma de dominación en la literatura infantil que resulta más encubierta y sutil y, por lo tanto, más peligrosa: una inversión ideológica total. He escogido, para hacer esta comparación, un episodio de la azarosa vida del Pato Donald (nº 434 de *Disneylandia*).



²³ «Subdesarrollo capitalista o revolución socialista», *Pensamiento Crítico*, La Habana, nº 13, febrero de 1968, págs. 341.

En los primeros cuadros se nos presenta una reunión del «club de padres previsores de Patolandia». «Es deber de todos los padres velar por la seguridad de sus hijos», asegura una mujer mastodónica y anticuada ubicada en un estrado. Entre el público se destaca el Pato Donald, que asiente: si estuvieran en peligro sus sobrinos, «recurriría a mi extraordinaria fuerza y habilidad para rescatarlos». Y ya tendrá una oportunidad para poner en práctica sus conocimientos y prevenciones: están por viajar a Sudamérica («llena de peligros»). Aparentemente estamos ante una actitud paternalista semejante a la de Babar. Sin embargo, ya en la primera escena, el mundo de los adultos está satirizado, y especialmente Donald. Todos los grandes son ridículos, severos, arcaicos, falsamente solemnes; sonríen de modo idiota, adoptan posturas rígidas, están reunidos para un propósito evidentemente absurdo, grotesco. Son caricaturas de padres: chanchos, perros, seres humanos se mezclan. Y el peor es Donald: todo lo que él propone (fanfarronadas, lugares comunes, respuestas «correctas») está ironizado por su figura esmirriada (sus patas no llegan al piso), por su rostro imbécil, por su idea fija.



En efecto, los cuadros siguientes prueban esta intención crítica sobre el mundo de los adultos: mientras los sobrinos contemplan quietamente el muelle que se aleja, Donald (vociferando que él salvará a los niños si corren algún riesgo) se balancea sobre la cubierta. Al caer Donald, son los niños quienes lo salvan a él. Esta situación se va a repetir hasta la saciedad. Donald es torpe, arriesgado, cobarde, se equivoca a cada paso, es imprevisor, egoísta, desordenado, y los niños deben rescatarlo de las situaciones más inverosímiles. Es un mundo al revés, subrayado por las cuatro o cinco veces en que Donald sale dibujado con sus patas para arriba (cayéndose, flotando semiahogado, etc.). El adulto no sirve para nada, pese a sus palabras, su grandilocuencia, sus gestos exteriores. Son los niños quienes representan, en ese mundo, la bondad y la inteligencia.



Por lo tanto, la estructura del relato coincide aparentemente con la crítica que realizan los niños y los jóvenes actuales frente al mundo de los adultos. En toda la obra de Disney los seres pequeños (ardillas, el lobito feroz, Dumbo, los ratones Gus y Jacques, los chanchitos, el perro Pillín) son más

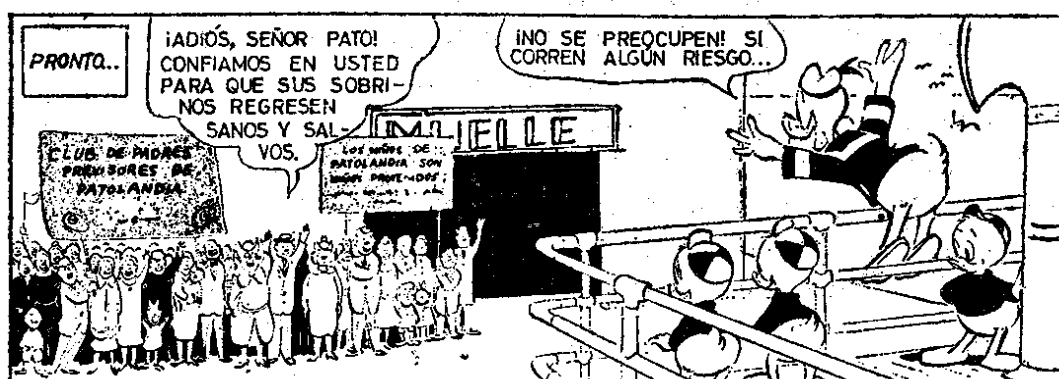
maduros que sus mayores y siempre salen triunfantes. En consecuencia, los lectores pueden sentir que aquí se lleva a cabo la aventura ideal del marginado: los que tienen el poder son excéntricos, estafalarios, fracasados, testarudos, tontos. Uno de los propósitos de la forma cómica²⁴ es hacer sentir el peso social sobre estos entes que no cumplen con sus deberes, que son una pura fantasmagoría.

Sin embargo, lograda ya la identificación del lector con los patitos, es necesario preguntarse: ¿Desde dónde se ejerce la crítica de las tonterías del Pato Donald, a partir de qué objetividad y norma? Primero, desde sus propósitos mismos que no se discuten, y que no se cumplen: la necesidad de un orden que proteja a los indefensos contra el peligro. Y segundo, desde las acciones responsables de los sobrinos: ellos son todo lo que él debería ser. Racionales, previsores, generosos, sabios, planificadores, valientes, responsables, en una palabra, paternos. Ocurre, entonces, que el Pato Donald, con la forma del adulto, es en realidad un niño, y que los patitos, con apariencia de niños, son en realidad adultos. El niño ataca a un Pato Donald que representa todas las características infantiles, se identifica con los sobrinos, que simbolizan todas las características adultas. Los sobrinos, por ejemplo, disponen de] «manual de los cortapalos», donde toda la realidad (entre esa realidad está Sudamérica) se encuentra definida y recetada. No hay nada que descubrir en el mundo: todo está ya escrito²⁵, todo ya se ha conocido. Basta, entonces, aplicar la nomenclatura preestablecida, tecnocratizar el universo, conocer la página de una enciclopedia para que desaparezcan los problemas y los peligros. El azar (gran protagonista aventurero de estas historietas) queda subordinado a la racionalidad y el orden: si Donald se adscribiera a estas categorías ya no sería risible, ya no habría una discordancia en el mundo. Podríamos seguir enumerando características. Pero lo urgente no es el análisis profundo en este instante. Importa señalar de qué manera se ha realizado *una inversión*.

El niño participa en el dominio de sí mismo, en la crítica de sus postulados, y valida los rasgos paternalistas del universo al identificarse con niños que son, en realidad, adultos. Las energías que tienden a ser rebeldes, y que deberían destruir el orden existente, preguntándose por el sentido contradictorio del mundo, se aprovechan para neutralizar a un ser desordenado, se canalizan para reafirmar las categorías dominantes de la sociedad. Es permitido que Babar critique a la anciana señora, que se independice, que viva su propia vida, que su país se libere; pero siempre que lo haga en el nombre oculto de los valores que representa la anciana señora, siempre que él asuma la representación auténtica del mundo occidental y cristiano. En pro del orden existente, los sobrinitos de Donald deben regir la situación. Cuando sean adultos, cuando crezcan, no repetirán los errores desordenados de sus mayores. Seguirán progresando, ascendiendo de sargento a comandante, a general de Disneylandia, del «club de los cortapalos», trepando masivamente, pequeños pero cumplidores.

²⁴ Para un análisis de lo cómico, véase mi estudio «La muerte como acto imaginativo en Cien años de soledades, en *Imaginación y violencia en América*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1970.

²⁵ El mundo sería una signatura previa, donde la mitología es posible. Véase M Foucault, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1968.



Detrás de Babar, detrás del Pato Donald, detrás de la multiplicidad de literatura infantil en los países capitalistas, hay una sola visión burguesa, un propósito claro único: convencer a los dominantes y a los dominados de la bondad del sistema y legitimar las formas en que este podría ser alterado sin amenazar el orden existente. En nuestros países dependientes esta literatura adquiere una función particularmente nociva, ya que sus preconcepciones básicas coinciden con el modo en que fuimos colonizados, el modo en que se organiza nuestra economía, nuestra cultura, nuestras instituciones. La burguesía de los países «avanzados» educa a su juventud con estos modelos y estos mismos sirven para nuestras naciones, porque nosotros también debemos ser integrados al esquema, repetirlo de memoria, tal como lo hacen los niños y adolescentes hijos de los dominadores y beneficiarios. Esta forma de ficción se inserta en todo el orden vigente, en toda la teoría del universo, y es reforzada por la sociedad entera.

No basta entonces una mera denuncia, un intento infraestructural, ideal, de reemplazar estas formas por otras. Si no hay un cambio en el sistema de dominio económico, político, cultural, si no hay una revolución, las nuevas formas infantiles ideadas serán marcadas como mera propaganda y serán rechazadas como tal. Justamente el dominio ideológico no es notorio porque *fluye con el sistema*, porque refuerza y no rompe los vínculos vigentes. Nadie se fija en Babar porque Babar es parte y eco de la realidad aceptada. En el momento en que Babar comenzara a hacer locuras, se pusiera del lado del proletariado, educara a sus hijos de otro modo, usara otro lenguaje (poético), el mecanismo de defensa terminaría por expulsarlo, se haría demasiado evidente. La lucha contra las formas vigentes no puede hacerse de modo oculto, porque la ruptura del orden llama la atención hacia sí mismo. En la medida en que todo énfasis, toda justificación o inversión, se mimetice con el medio, se diluirá en la adaptación.

Las nuevas formas de la literatura infantil tendrán que surgir en la lucha por una nueva sociedad; se harán necesarias en ese combate. Solo la destrucción del sistema capitalista, la derrota diaria del neocolonialismo económico y mental, pueden garantizar que algún día, por fin, Babar se arriesgue a matar a la anciana señora y, en la pérdida de su inocencia, reconozca el primer paso en el camino hacia su liberación total.